

Formación sacerdotal en América Latina. Seminario Conciliar de Toluca*

Felipe Arizmendi

Introducción

EL presente Informe quiere responder a una de las inquietudes presentadas en la reunión que cada año tenemos los sacerdotes de la diócesis de Toluca, y que este año se realizó en enero, en Valle de Bravo. En esa ocasión, tuvimos la oportunidad de disponer de un día completo, para presentar a nuestros sacerdotes un panorama detallado de cómo se está impartiendo, hoy y aquí, la formación de los candidatos al sacerdocio. Se nos hicieron varios cuestionamientos y recibimos algunas sugerencias.

Una de las preguntas decía: ¿cómo se ubica, cómo se compara la formación que se da en el Seminario de Toluca, en relación con otros Seminarios? Trataremos de dar respuesta a esa preocupación, ofreciendo una visión general sobre cómo se imparte la formación en otras partes y aquí.

Por haber servido, durante varios años, en las directivas nacionales de seminarios menores y mayores, he tenido la dicha de conocer la realidad de los seminarios de México.

Por haber participado en reuniones latinoamericanas de formadores, desde 1983 y por haber servido como presidente de la

* Mons. Felipe Arizmendi tuvo la amabilidad de facilitarnos, además de éste, el Informe que él había elaborado un año antes para la Organización de Seminarios de América Latina (OSLAM), en su calidad de presidente de la misma. En el presente Informe del Curso 1988-1989 del Seminario Conciliar de Toluca, como rector del mismo, recoge lo fundamental del Informe del OSLAM, y lo contrasta con los datos concretos de la realidad del seminario toluquense. De aquí su doble interés, como reflejo autorizado del panorama general de los seminarios de América Latina y como relación de primera mano del seminario de la capital mexicana, la antigua Tolloacán.

Organización de Seminarios Latinoamericanos, desde 1985 hasta noviembre de 1988, disfruté la gracia de apreciar, en varios casos de forma directa y personal, la vida de los Seminarios en América Latina.

Además, por distintos cauces, disponemos de información sobre la realidad mundial de la formación sacerdotal. Con ello, se nos permite tener una visión panorámica de los Seminarios y ubicar lo que nosotros somos y hacemos.

En la elaboración de este Informe intervienen, como en años anteriores, los formadores y alumnos, para que no sea sólo mi opinión personal la que presente nuestra realidad.

1. Aumento de vocaciones

En todos los países han aumentado las vocaciones, sobre todo en las Iglesias jóvenes; incluso en Cuba. En la década de 1965 a 1975, hubo un descenso notable de vocaciones. Pero después de 1975, en todas partes hay un florecimiento de candidatos al sacerdocio. Quizá las únicas excepciones sean Estados Unidos, Francia y Holanda.

Muchos seminarios menores y mayores, que se habían cerrado, han sido reabiertos y se están erigiendo otros nuevos. En varias partes, los alumnos ya no caben en los espacios disponibles. Además, no se cuenta con formadores suficientes para la atención del número creciente de seminaristas. Este es un acontecimiento mundial.

Es notable, también, que entre los que tocan las puertas de los Seminarios, ya no son niños, ni tan sólo adolescentes, sino que una buena cantidad son jóvenes mayores e, incluso, adultos; varios de ellos con estudios profesionales. ¿A qué se debe este florecimiento de vocaciones?

Entre otras, estas son algunas de las causas: se ha hecho más oración por las vocaciones y la Providencia de Dios no ha dejado de manifestarse. En casi todas las diócesis se ha dado más importancia a la pastoral juvenil y vocacional. La Iglesia ha renovado su rostro, haciéndose más creíble y atractiva. En algunas partes, es la institución en que el pueblo, sobre todo los jóvenes, confían más. Los mismos seminarios se han renovado completamente y la vida, en ellos, es hermosa, más real y tiene variados elementos de crecimiento. Muchos sacerdotes dan buen testimonio y viven su vocación con

alegría y entrega, con lo cual se presentan como modelos dignos de ser imitados. Los jóvenes se sienten hastiados del mundo de vicio y de materialismo que les rodea; les decepcionan los líderes de la sociedad y buscan otros valores: los del espíritu y de la religión. Los movimientos de renovación cristiana, dentro de los cuales los jóvenes encuentran cauces para su espiritualidad, con frecuencia les orientan hacia la vida consagrada.

Otra de las causas importantes es la figura del Papa Juan Pablo II, tan cercano a los jóvenes, tan definido en las exigencias del Evangelio, tan consagrado al servicio de toda la humanidad.

No han faltado quienes preguntan si el aumento de vocaciones, sobre todo en países menos desarrollados, se puede deber a la situación de pobreza generalizada; es decir, que algunos busquen el sacerdocio para asegurarse casa y comida, así como para promoverse social y económicamente.

Ciertamente no se descarta esa posibilidad; pero hoy se cuenta con muchos medios de discernimiento vocacional, incluso desde antes de entrar al Seminario, para asegurar la recta intención. Con todo, hay que estar vigilantes, para que esto no suceda.

En el Seminario de Toluca

Fundado en 1952, con 77 alumnos, nuestro seminario llegó a tener en 1964, entre menor y mayor, 302 alumnos. A partir de este año, hubo una disminución progresiva, hasta llegar a tener sólo 111, en 1973.

Desde 1974, ha habido el aumento siguiente:

1974-75 ...	114	1982-83 ...	158
1975-76 ...	122	1983-84 ...	189
1976-77 ...	147	1984-85 ...	210
1977-78 ...	148	1985-86 ...	231
1978-79 ...	146	1986-87 ...	237
1979-80 ...	171	1987-88 ...	239
1980-81 ...	173	1988-89 ...	230
1981-82 ...	189		

En cuanto al ingreso de alumnos nuevos, en 1964 se alcanzó la cifra récord de 107; pero cuatro años más tarde, en 1968-69, fueron sólo 12 los que entraron. La crisis más fuerte entre nosotros fue en esos años.

De 1969-70 a 1979-80, el número de ingresos fue aumentando de 23 a 59. Posteriormente, estas son las cifras de alumnos nuevos, al principio del año:

1980-81 ...	59	1985-86 ...	85
1981-82 ...	52	1986-87 ...	83
1982-83 ...	30	1987-88 ...	84
1983-84 ...	75	1988-89 ...	71
1984-85 ...	92		

Como se ve, no ha sido un crecimiento sostenido, sino irregular, con altas y bajas. En los últimos cuatro años han disminuido los ingresos, en comparación con 1984-85. Quizá se puede deber a los cambios de coordinador diocesano de pastoral vocacional y más recientemente a la apertura del seminario menor de Atlacomulco, cuyos alumnos menores antes ingresaban aquí. Ahora vendrán hasta que inicien su seminario mayor.

En cuanto al número de alumnos del seminario mayor, he aquí los datos estadísticos:

1980-81 ...	110	1985-86 ...	84
1981-82 ...	99	1986-87 ...	87
1982-83 ...	90	1987-88 ...	95
1983-84 ...	79	1988-89 ...	96
1984-85 ...	83	1989-90 ...	146

Durante 1980-83, tuvimos alumnos de las diócesis de Chilapa, Tlalnepantla, Ciudad Netzahualcóyotl y de la Congregación Pasionista. Por ello, el número aumentó. Con el cambio de nuestro plan de estudios, se retiraron.

Para el curso 1989-90 prevemos un aumento notable en el seminario mayor. Con la llegada de 11 alumnos de Atlacomulco y 9 de Ciudad Altamirano, tendremos alrededor de 146 seminaristas mayores.

Esto nos plantea el problema de espacio dónde colocarlos. Para ello, estamos construyendo una ampliación, con 30 cuartos individuales; pero ni aún así se resolverá la dificultad. ¡Dios sea bendito, por esta clase de problemas! Ya Él nos iluminará para encontrar soluciones. No dejemos de dar gracias al Señor por este aumento de vocaciones; además, pidámosle que nos conceda más y mejores, porque hacen falta.

Y para completar los datos estadísticos que estamos dando, agregaré que durante este curso, en que ingresaron 71 candidatos, y en que llegamos a un total absoluto de 230 alumnos, durante el año salieron 37: 7 del Mayor, 6 del Curso Introductorio y 24 del Menor. Por tanto, terminamos con 193 alumnos.

Terminan su formación entre nosotros cuatro alumnos, todos diáconos: dos para Atlacomulco y dos para Toluca.

2. Seminario Menor

La institución que más cambios sufrió, después del Concilio Vaticano II, fue el Seminario Menor. En muchos países, fueron casi totalmente suprimidos. Se los consideró poco aptos, desde la psicología y la pedagogía, para dar una formación que no violentara el desarrollo normal de los adolescentes y los jóvenes. Se pensó que era mejor dedicarse a la pastoral juvenil y que, de allí, se podrían escoger candidatos directamente para el Seminario Mayor.

Hoy, sin embargo, se los vuelve a valorar; se los considera necesarios, porque la formación que se da en un seminario menor puede asegurar mejor ciertos requisitos para ingresar al mayor. Además, Dios llama a la edad que Él quiere, y hay muchas vocaciones de adolescentes y jóvenes, sin estudios superiores. La Santa Sede ha insistido en que se erijan donde no los haya y que se conserven donde ya existan.

En toda América Latina hay un resurgir de seminarios menores. Sólo Costa Rica, Cuba y algún país más, carecen de ellos. En México, de 77 circunscripciones eclesiásticas, 68 tienen seminario menor. Sólo en San Andrés Tuxtla y en Cuernavaca se suprimieron. Hoy han vuelto a abrirse y tienen varios alumnos.

Hay muchas modalidades, según las circunstancias, necesidades y tradiciones de las diócesis. Los hay con secundaria y preparatoria, o sólo con esta última. En algunos lugares, las clases se imparten en el mismo seminario, con varias opciones: asisten sólo seminaristas, se admiten alumnos externos sólo varones, o se acepta que vayan a clases también las mujeres.

En otros, las clases son fuera del seminario, bien en planteles oficiales, bien en particulares, sean religiosos o laicos. Y también con dos posibilidades: los seminaristas van a escuelas sólo para varones, o a escuelas mixtas.

En todas estas opciones, se obtienen los títulos civiles de secundaria y preparatoria, con validez oficial ante el gobierno.

En otras partes, sin embargo, se prefiere tener un seminario menor propiamente dicho, con estudios de humanidades (español, latín, griego, idiomas...), formación religiosa y vocacional, sin títulos de reconocimiento oficial.

En México, son cada día más los seminarios que hacen esta opción, por tres razones fundamentales. Primera: son muchos los alumnos que, al terminar la secundaria o preparatoria, abandonan el seminario y no pasan al mayor. Es decir, se invierten demasiados esfuerzos, con pocos frutos para las vocaciones sacerdotales.

Segunda: los estudios oficiales absorben tanto el tiempo y la atención, que hay poca oportunidad para dar una preparación adecuada, en orden a ingresar al seminario mayor. Por ello, en varias partes, después de cursar el menor, los alumnos deben pasar al curso introductorio, puesto que en el menor no se logró cubrir los requisitos de ingreso al mayor.

Tercera: En algunos aspectos es tan deficiente la educación oficial, que los alumnos quedan con muchas lagunas, que después deberá subsanar el seminario. Además, tiene una orientación marcadamente positivista y tecnicista, que no es la adecuada para iniciar la formación filosófica y teológica.

En el Seminario de Toluca

Después del Concilio, en 1967, nuestros alumnos empezaron a ir a diversas secundarias, fuera del seminario: primero al Instituto México, con los hermanos Maristas. Entonces era sólo para varones. Después al Pedro de Gante, propiedad de unos particulares laicos. También era sólo para varones. Finalmente, a la Secundaria No. 4, oficial y mixta.

En vista de los bajos resultados obtenidos, en cuanto a la formación integral, desde el curso 1970-71 se tomó la decisión de no enviarlos más a secundarias ni a preparatorias. El último grupo que cursó III de secundaria fue el de 1972-73. En adelante, para ingresar, deberían haber terminado satisfactoriamente la secundaria.

El objetivo de nuestro seminario menor, de acuerdo a lo legislado por los obispos mexicanos, en las Normas Básicas para la formación sacerdotal (NBM), es "proporcionar a los adolescentes y

jóvenes que parecen poseer indicios de vocación al sacerdocio ministerial elementos de formación humana, intelectual y cristiana, en un proceso de acompañamiento y discernimiento vocacional, para que respondan al llamado de Dios, mediante una opción libre y madura" (cfr NBM 6).

Consideramos que no se puede lograr adecuadamente este objetivo, si los alumnos tuvieran que cursar en el menor la secundaria o la preparatoria. Por eso, hasta la fecha, no nos arrepentimos de haber tomado esa decisión.

Además, al no depender de la validez oficial, podemos organizar los estudios según nuestras necesidades propias. Y quien ingresa al menor, desde el principio debe hacer una opción, así sea inicial, por el sacerdocio. No se debe venir aquí con otra intención.

Varios seminarios menores, en la actualidad, están optando por una línea semejante que, por lo demás, ayuda a cumplir lo prescrito por nuestros obispos en el Ordenamiento Básico de los estudios para la formación sacerdotal (cfr No. 10; cfr NBM 18-19).

3. Curso introductorio

El curso introductorio es creación del Vaticano II y exigencia de una nueva realidad. A los seminarios ingresan ahora muchos jóvenes, incluso adultos, con estudios preuniversitarios y profesionales. Durante algunos años, se les admitía de inmediato al mayor, pues ya tenían los estudios que se hacen en varios seminarios, de secundaria y preparatoria; sin embargo, carecían de la formación humana, comunitaria, espiritual y académica adecuada.

Surgió entonces la necesidad de darles una preparación específica, así sea intensiva, antes de iniciar la formación propiamente sacerdotal. Esta formación debería incluir, en particular, la dimensión religiosa, comunitaria y vocacional, sin excluir las bases humanísticas indispensables.

Se le han dado varios nombres: propedéutico(a), prefilosofado, preseminario, o curso introductorio, que es lo más común. Su duración, normalmente, es de un año. En algunas partes se le considera como el primer año del seminario mayor; incluso se imparten algunas materias básicas de filosofía. Por ello, el tiempo de la filosofía estricta lo reducen a dos años. En otros lados, es como un año de noviciado, con preponderancia a la formación espiritual y comunitaria, excluyendo materias de otra naturaleza.

En la mayoría de las experiencias de México, pasan por el introductorio tanto los alumnos mayores de primer ingreso, como quienes cursaron el menor, con secundaria, preparatoria o humanidades. Se unen en un mismo programa, por lo tanto, quienes apenas inician su experiencia seminarística con los que ya llevan varios años de ella.

En el Seminario de Toluca

Las primeras experiencias datan del curso 1981-82, en que le dimos el nombre de curso complementario. A partir de 1983-84, se inició más formalmente con el nombre de curso introductorio, con programa y asesor propios, viviendo en una parte del mismo edificio del seminario menor. Un año después se adaptó la casa que actualmente ocupa, combinando la separación del mayor y del menor, con la oportuna relación hacia ambos.

El número de los alumnos que han pasado por este curso es el siguiente:

1981-82 ...	6	1985-86 ...	23
1982-83 ...	4	1986-87 ...	15
1983-84 ...	17	1987-88 ...	24
1984-85 ...	19	1988-89 ...	19

Ingresan quienes ya han cursado, como mínimo, la preparatoria. Cada día son más los que vienen iniciados los estudios en alguna carrera universitaria, o siendo ya profesionistas.

Quienes pasan por nuestro seminario menor, no hacen el curso introductorio, pues su objetivo es semejante, adaptado a su propia edad y circunstancias. Por tanto, si debieran pasar por el introductorio, repetirían lo que ellos recibieron más amplia y desarrolladamente por tres años.

Consideramos que nuestros programas responden adecuadamente a los que los obispos mexicanos legislaron sobre el curso introductorio, tanto en las normas básicas, como en el ordenamiento de los estudios, aunque con nuestras modalidades propias.

Su objetivo es: "lograr una formación espiritual centrada en el misterio de Cristo y de la Iglesia, profundizar en el discernimiento vocacional desde una experiencia comunitaria, iniciarse en la experiencia pastoral y adquirir una visión global de los objetivos y contenidos de la formación sacerdotal, juntamente con una cierta nivelación académica".

4. Seminario mayor

Los seminarios mayores han recibido una atención preferente por parte de la Iglesia; por ello, sus líneas de formación están mucho más delineadas, los criterios más definidos y las normas más especificadas.

Los seminarios mayores de México y de América Latina se parecen mucho, a veces hasta en los horarios. Se atienden las cuatro áreas fundamentales: formación humana y comunitaria, académica, espiritual y pastoral. Todo en el seminario se orienta a formar pastores, a imagen de Jesucristo, Maestro, Sacerdote y Pastor (cfr NBM 33).

Formación intelectual

En todos lados hay interés por lograr una formación doctrinal seria, profunda, segura y actualizada. Se están capacitando profesores sobre todo en Universidades de la Iglesia en Roma. Hay fidelidad al Magisterio y apertura crítica a las corrientes modernas, en particular a las teologías de la liberación. Se plantea la necesidad de revisar la forma como se enseña la filosofía, para que nuestros jóvenes, superficiales y dispersos, como los de su época, aprendan a pensar y a profundizar. Se están renovando los métodos pedagógicos, para una participación más activa de los alumnos en su formación académica. Uno de los retos que se tiene es cómo darle proyección pastoral a los estudios. Todos estamos de acuerdo que no es cuestión de ofrecer recetas prácticas, sino de conocer, asumir, analizar y discernir, filosófica y teológicamente, las inquietudes y necesidades del pueblo de Dios, para darle respuesta adecuada desde la fe. No podemos contentarnos con formar doctores de la ley. Necesitamos pastores para la comunidad, que empiecen por ser buenos samaritanos. Son pocos los lugares donde se continúa la experiencia de integrar los estudios de filosofía y teología. Lamentablemente se fue abandonando, ante todo, por razones de conveniencia práctica. Donde los alumnos asisten a cursar sus estudios en Facultades o Institutos ajenos al seminario, se siente la necesidad de una mayor coordinación entre ambas instituciones, para que, desde el campo académico, se atienda también la formación integral, sobre todo pastoral, de los aspirantes al sacerdocio. En todas partes se piden libros de texto actualizados y seguros. Se aprecian mucho los que está empezando a editar el CELAM, con ayuda de la OSLAM.

Formación espiritual

Una de las mayores preocupaciones de obispos y formadores es asegurar una espiritualidad recia, bíblica y eclesial, que lleve a la "experiencia de Dios" y que, a partir de ella, el alumno aprenda a responder a los desafíos de la realidad social, política, cultural y económica. Se pretende evitar tanto el intimismo individualista, como el reduccionismo de la espiritualidad al compromiso socio-político. Ante la conflictividad social, se les quiere educar para que sean ministros de reconciliación, de unidad y de perdón. Ante la agudización de los problemas de nuestros pueblos, se siente la necesidad de que sean, no hombres pesimistas y derrotados, sino ministros de esperanza, a partir de su fe en Cristo Resucitado. Se ha revalorado la piedad popular, dentro de las mismas prácticas religiosas del seminario. La Virgen María ocupa un lugar preponderante y serio en el corazón del seminarista. Durante algún tiempo, se menospreció la oración personal, la meditación y la contemplación; todo era comunitario, participado y litúrgico. Ahora, hay más equilibrio. Hay un nuevo aprecio por la oración individual y el silencio ante el Sagrario. Falta insistir en una educación más sólida para el sacrificio, dentro de la dimensión pascual de la espiritualidad, dado el ambiente hedonista que nos contagia por todas partes. Se ha notado el peligro, en algunos lados, de que ciertos alumnos lleven una formación paralela, procedente de espiritualidades o movimientos diferentes al seminario.

Formación pastoral

Algo que ha unificado la renovación de todos los seminarios es su dimensión pastoral. El seminario no es para formar seminaristas, sino futuros pastores. Por eso, dadas las áreas de formación: humana, espiritual, doctrinal y pastoral, han de tender a formar en el alumno al "sacramento de Cristo Cabeza". Se han asumido, aunque no siempre con tal coherencia, las opciones prioritarias de la Iglesia en América Latina, sobre todo por los pobres, los jóvenes y la familia. Se educa a los alumnos para que conozcan y vivan la identidad de su vocación sacerdotal, promuevan el lugar de los laicos y los religiosos, animen todos los campos de la pastoral y no se reduzcan a una sola línea, y promuevan los diferentes carismas en la Iglesia. Hay preocupación por el problema de las sectas fundamentalistas, que nos están invadiendo por todas partes. No se ha superado cierta dicotomía que hay entre la pastoral y las demás áreas de la formación. No siempre se lleva una práctica pastoral planificada y gradual. Algunos seminaristas carecen de una sólida formación humanística, filosófica y teológica. No se tiene

suficiente relación pastoral con los constructores de la sociedad; se siente temor de trabajar con ellos. Se requiere mayor comunicación con los párrocos, con quienes prestan su servicio los alumnos, para que intervengan más directamente en la formación pastoral, e incluso expresen su parecer sobre la idoneidad y madurez de los candidatos. En cuanto al tiempo dedicado a las prácticas pastorales, se da mucha variedad. Hay lugares donde los alumnos salen desde el viernes por la tarde y regresan el domingo por la noche. En otros, ciertamente raros, no salen ni el domingo; sólo en períodos intensivos o en misiones durante las vacaciones. Hay también donde se distribuyen los meses, en forma equitativa: unos son exclusivamente para clases y otros para servicio pastoral; es una forma de ir aplicando a la realidad lo que se estudia en la teoría.

En el Seminario de Toluca

Nuestro Seminario Mayor trata de ser fiel a las orientaciones de la Iglesia, en las diferentes áreas de la formación. No podemos decir que seamos de los más cumplidos, pero tampoco lo contrario. Nuestro esfuerzo es descubrir cómo quiere la Iglesia que se formen hoy sus sacerdotes, para tratar de caminar por esos senderos. En general, se vive un clima de fraternidad, respeto, alegría, paz y ayuda mutua. No faltan competencias, individualismos y alumnos que se cierran; pero todo esto se trata de superar.

Desde hace 7 años, se lleva un plan de estudios que procura integrar la filosofía y la teología en la unidad del Misterio de Cristo. De común acuerdo con nuestro obispo, Mons. Alfredo Torres Romero, y con los profesores, se tomó la decisión de continuar con este plan, porque hemos visto más ventajas que inconvenientes, sobre todo en orden a la formación integral.

Somos conscientes de nuestras deficiencias, pues varios maestros aún no toman en cuenta la relación de su materia con las demás; tienen persistentes fallas pedagógicas; algunos no siguen un programa bien estructurado, o faltan mucho a clase. Nuestras bibliotecas siguen con muchas carencias. Por su parte, hay algunos alumnos que estudian sólo para exámenes; se contentan con transcribir apuntes; son superficiales y rehuyen investigar; pierden tiempo de estudio y se contentan con el mínimo esfuerzo. En cuanto al sistema mismo de siete años, procuramos evaluarlo constantemente y hacer los ajustes que se consideren oportunos.

Por lo que respecta a la formación espiritual, se advierte en el seminario una vivencia gozosa y una participación creativa de la

liturgia, en particular de la Eucaristía, de los domingos y de las horas. Se nota un mayor aprecio por la confesión. Hay muchos que buscan tiempos para la oración personal. Con todo, se requiere mayor sistematización de las entrevistas con el director espiritual y mayor solidez en general. Algunos, en vacaciones, dejan bastante su oración y sus prácticas piadosas.

En cuanto a la formación pastoral, estamos conscientes de que toda la vida del seminario mayor ha de tender a formar pastores. El mismo plan de estudios no prescinde de esta orientación. Para las prácticas pastorales, ocupamos sólo el sábado por la tarde, 12 días en Navidad y 15 en Semana Santa. En los domingos y en las vacaciones, hay oportunidad para que cada quien ejercite, espontáneamente, su espíritu apostólico, con lo cual él mismo discernirá si tiene vocación sacerdotal o no. Somos de los seminarios que menos tiempo dedican a las prácticas pastorales; con todo, pensamos que es suficiente.

Hemos asumido algunas urgencias pastorales de la diócesis. Durante este año, por ejemplo, nos dedicamos a dar cursos sobre "Biblia, Iglesia y Sectas", para auxiliar a los párrocos ante el desafío que presenta la invasión de "nuevos grupos religiosos". Para el curso próximo, atenderemos grupos de jóvenes universitarios, para ofrecerles una evangelización específica. En otras ocasiones hemos trabajado en cárceles, hospitales y en las nuevas unidades habitacionales de la ciudad de Toluca.

Para promover la participación de los alumnos en la búsqueda del bien común, desde hace varios años se estableció el Consejo de Alumnos. Ha presentado sugerencias y ha contribuido a conocer y a mejorar la realidad global del seminario. Algunos desconfían de su eficacia y le prestan poca colaboración. Sin embargo, cada día se comprende mejor su objetivo: es un organismo que promueve la corresponsabilidad, no una instancia de quejas y peticiones.

Las relaciones entre formadores y alumnos, por lo general, son cordiales y respetuosas. Los alumnos, sin embargo, siguen pidiendo que se les dedique más tiempo; que los padres no acepten tantos compromisos fuera del seminario; que se les acompañe más en la oración y en el apostolado; que se les exija más en la disciplina.

5. Jóvenes de su tiempo

Los alumnos de nuestros seminarios, en México, en América Latina y en el mundo, son fruto de la sociedad actual y de la edu-

cación que se imparte en las familias y en las escuelas. Proceden de familias generalmente cristianas, pero donde no faltan problemas de desintegración, alcoholismo, carencia de una figura paterna fuerte y bien definida. Esto afecta seriamente su personalidad, pues los puede hacer inseguros, agresivos, temerosos para abrirse a la relación profunda, defensivos y con mecanismos de rechazo a toda figura de autoridad.

Llegan con una formación humanística deficiente, a pesar de que tengan estudios universitarios; poseen una cultura general pobre, una mala ortografía, un lenguaje limitado y una redacción con faltas gramaticales.

Padecen la falta de concentración y de profundización, tan típicas del joven moderno; son superficiales; les cuesta mucho el silencio, la retención y la memorización; son más impresionistas que analíticos; les resulta difícil emitir juicios razonados, lógicos y críticos. Carecen de visión histórica.

Rehuyen el sacrificio, la mortificación, la cruz, la disciplina, lo que cuesta. Se dejan llevar por "la ley del menor esfuerzo". Exigen; pero no siempre colaboran con su trabajo constante y callado. Son poco agradecidos y atentos. No se acomiden para hacer más de lo que les toca. Aprecian poco las buenas maneras de la urbanidad. No tienen asimilados algunos valores morales. Esta descripción, desde luego, no se aplica por igual a todos; hay honrosas excepciones, que nos alientan y que nos dicen que sí se puede lograr un cambio profundo; a pesar de que se proceda de ambientes muy dañados.

Por lo contrario, se descubre en ellos muchas características positivas de la juventud actual: Son más espontáneos, sencillos y sinceros; son nobles y abiertos; les gusta la autenticidad y rechazan la doble vida. Son generosos y entregados, creativos y desinteresados, sobre todo en tiempos y circunstancias que así lo requieren; sin embargo, se cansan pronto y no siempre son constantes. Les preocupa todo lo que suene a injusticia y les llama la atención la opción por los pobres, a pesar de que caen en incoherencias entre lo que piden a otros y lo que ellos hacen en las cosas sencillas de la vida diaria.

Son dóciles y respetuosos con la autoridad, inconformes con lo que les parece inadecuado y colaboradores en las causas nobles; sin embargo, algunos caen en el pasivismo y la apatía. Se nota, como en la sociedad y en las universidades, el peligro de un cierto conservadurismo.

En el Seminario de Toluca

Nuestros jóvenes seminaristas son deudores de su tiempo y tienen, más o menos, las mismas características que se anotan en los alumnos de otros seminarios. Podríamos añadir que son alegres, austeros, pobres, de buen corazón, nobles y dignos de confianza. Están descubriendo el valor del silencio, del estudio, de la disciplina, de la gratitud. En general, se puede afirmar que quieren ser auténticos y responden con generosidad a su vocación; que no tienen otras intenciones al pretender el sacerdocio; que desean llevar una vida coherente y recta.

Con todo, en muchas ocasiones se ha señalado que existe el peligro de que, al recibirlo casi todo, se aburguesen y se instalen en una vida relativamente cómoda. Exigen derechos, con pocas obligaciones. Algunos se desarraigan de su familia y de su lugar de procedencia. Se resisten a todo cuanto implica sacrificio.

Para combatir estas deficiencias, debemos urgir más la disciplina y el orden; equilibrar la relación afectiva hacia la familia con la necesaria independencia; acompañar más de cerca el proceso educativo de cada alumno; ser, los formadores, el mejor testimonio de entrega, autenticidad e inmolación.

6. Inserción en la realidad

Los Seminarios, como la Iglesia, no pueden permanecer al margen de la vida de nuestros pueblos. Si formamos pastores, es para que sirvan a personas muy concretas y determinadas, con necesidades y problemas específicos.

Conocer esta realidad, analizarla con toda seriedad, ayudados por las ciencias humanas, iluminarla desde el Evangelio y colaborar a su transformación, desde el propio puesto y función, es uno de los retos que impulsan la renovación de nuestros Seminarios.

Ésta ha sido, en los últimos años, una preocupación muy propia de América Latina. Así se puso de manifiesto en el Congreso de la OSLAM, en Quito, Ecuador (mayo de 1984), en los Encuentros Regionales de Formadores del Cono Sur (Cochabamba, julio 1987) y de Centro América (Panamá, septiembre 1987) y, sobre todo, en la XI Asamblea de la OSLAM (San José Costa Rica, noviembre 1988), cuyo tema fue: "La dimensión socio-política en la formación sacerdotal".

Antes, en noviembre de 1984, se realizó un Encuentro de Formadores de México, para tratar el punto de la formación social en los Seminarios.

La Santa Sede ha ofrecido publicar, en fecha próxima, un documento al respecto.

Como se ve, estamos conscientes de que nuestros Seminarios no pueden pasar al lado y de largo, ante los prójimos heridos y caídos (cfr Lc 10, 29-37). Debemos formar pastores para una realidad concreta y conflictiva, con la espiritualidad del buen samaritano. De no hacerlo así, traicionaríamos nuestra vocación y no seríamos signo de Jesús, quien sentía compasión por las muchedumbres hambrientas y abandonadas (cfr Mt 9, 35-36).

Así nos lo ha recordado el Papa Juan Pablo II, en su Encíclica *Sollicitudo rei socialis*: No podemos “dejar de abarcar a las inmensas muchedumbres de hambrientos, mendigos, sin techo, sin cuidados médicos y, sobre todo, sin esperanza de un futuro mejor; no se puede olvidar la existencia de esta realidad. Ignorarla significaría parecernos al rico epulón, que fingía no conocer al mendigo Lázaro, postrado a su puerta” (cfr Lc 16, 19-31) (No. 42).

¿Qué se hace al respecto en otros Seminarios? En los programas de estudio, se toman muy en cuenta los datos de la sociología, para analizar científicamente la realidad económica, política, social, religiosa y cultural. Los servicios pastorales se desarrollan en lugares pobres y marginados. En algunas partes, los alumnos son los responsables de ciertos trabajos, con los que se apoya la subsistencia del mismo seminario; por ejemplo, tienen granjas, talleres, huerta, etc. Se organizan conferencias, academias, grupos de estudio y otros medios, para estar al pendiente de lo que acontece alrededor.

En el Seminario de Toluca

La mayoría de nuestros alumnos procede de familias sencillas, pobres, campesinas, o de barrios suburbanos. Cada domingo y durante las vacaciones, deben estar cerca de sus padres y hermanos, para compartir con ellos el trabajo y el descanso, las preocupaciones y las alegrías. Asimismo, no se deben desligar de su comunidad de origen, para que “no pierdan el contacto con la realidad ni se desarraiguen de su contexto social” (Documento de Puebla — DP— 871).

Los servicios pastorales de cada sábado por la tarde, así como los intensivos de Navidad y Semana Santa, se llevan a cabo en rancherías alejadas, en barrios de la ciudad, en cárceles y hospitales. El curso próximo, repito, será con jóvenes universitarios, para que también conozcan ese mundo y se capaciten para responder pastoralmente a él.

En el plan de estudios hay algunas materias que directamente ayudan a conocer la realidad. Se pide que, en todas las demás, los profesores hagan constante referencia a la misma, puesto que todas ellas tienen incidencia en la formación de pastores, para hoy y aquí (cfr DP 877). Se tiene acceso a los medios de comunicación, particularmente al periódico, tanto local como nacional.

En vacaciones, muchos seminaristas organizan, de común acuerdo con sus párrocos, misiones extraordinarias que les sirven para estar más cerca de las necesidades de nuestro pueblo. Sin embargo, hay quienes viven como en una isla, despreocupados de la problemática nacional y mundial. Sus intereses no rebasan las bardas del seminario. No manifiestan preocupación por la realidad dramática de muchos grupos sociales, no sólo en el aspecto económico, sino incluso religioso y cultural.

Debemos buscar medios más oportunos, para que nuestros alumnos orienten más su formación con esta dimensión pastoral; es decir, que se preparen para evangelizar a todo el hombre y a todos los hombres (cfr *Evangelii nuntiandi* 18-20; 29-38; DP 684, 696, 711; NBM 95-96, 118, 122, 130, 133).

7. Participación de la comunidad

El seminario es obra de la Iglesia; por tanto, todos los que, por el bautismo, pertenecen a ella, deben intervenir de alguna manera en la formación de los sacerdotes (cfr NBM 58). Entre aquellos a quienes incumbe colaborar más de cerca, sobresalen el obispo, los sacerdotes, los párrocos y la familia (cfr NBM 58-60). En todas partes, los obispos, según sus múltiples ocupaciones, están al pendiente de la formación que se imparte. Hay quienes guardan una relación muy estrecha con los alumnos y conviven con ellos. Esto sobre todo en diócesis pequeñas. En general, los sacerdotes siempre se interesan por su seminario, aunque en todas partes se desea más participación de los mismos en los programas de formación y más relación personal con los formadores.

En muchos lugares no es posible demasiada comunicación con las familias de los candidatos, por las distancias y las limitaciones económicas. Los laicos participan dando clases, impartiendo conferencias, emitiendo su juicio valorativo sobre algunos candidatos; incluso, en alguna parte, siendo invitados como miembros del equipo formador, sobre todo a nivel de Seminario Menor. Lo mismo se puede afirmar de la participación de las religiosas.

En el Seminario de Toluca

Sentimos el apoyo de toda la comunidad diocesana. Con sus oraciones y ayudas económicas, seguimos creciendo. Nuestro obispo y los sacerdotes se interesan por todos los aspectos de la formación: unos más, otros menos, pero muchas cosas no se podrían lograr sin su colaboración. Es verdad que no faltan quienes ven de lejos nuestra realidad, comentan nuestras deficiencias, pero poco aportan para su solución.

En cuanto a las familias, agradecemos su generosidad de entregar a uno de sus hijos para el servicio de la Iglesia. Apreciamos su disponibilidad, pues siempre que les llamamos a la visita familiar, acuden gustosos. Se interesan por sus hijos y preguntan al respectivo asesor por el proceso de formación del alumno. Aportan la colegiatura mensual.

Algunos sacerdotes del equipo formador visitan a las familias de su comunidad, conocen su situación y les orientan, tanto para su vida cristiana en el hogar, como para que ayuden a la formación sacerdotal de su hijo.

Hay personas, organismos y movimientos seculares que se interesan por el seminario, sea en lo económico, sea en otros aspectos. Incluso hay quienes se hacen cargo de la pensión de algún seminarista.

FELIPE ARIZMENDI E.

Mons. Felipe Arizmendi Esquivel, mexicano, prácticamente desde su ordenación sacerdotal ha dedicado su actividad a trabajar en el campo de la formación de sacerdotes. Desde 1983 ha formado parte del Consejo Directivo de Seminarios, Menores y Mayores, y ha participado en reuniones latinoamericanas de formadores. Por haber servido como Presidente de la Organización de Seminarios Latinoamericanos (OSLAM) de 1985 a 1988, conoce de modo directo y personal la situación de los seminarios de América Latina. Actualmente es Rector del Seminario Conciliar de Toluca, México.

